

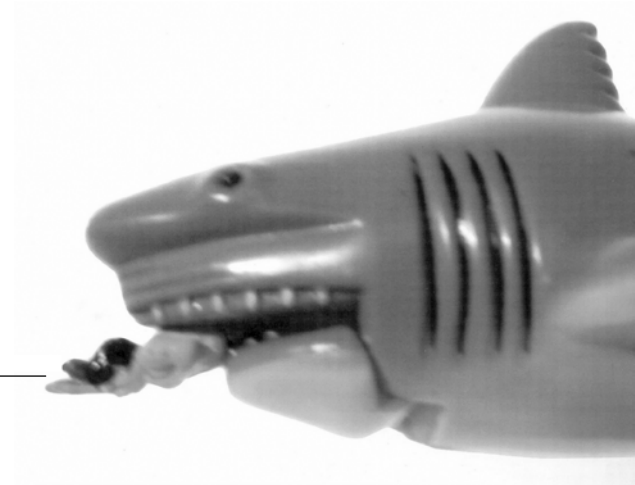
Seminario Provocaciones 2

Transcripción del Debate 4

TV Y CIUDADANÍA

Si la TV es el espacio privilegiado de constitución de la opinión pública, el lugar de debate de los temas importantes y de mayor alcance para la convivencia social.

¿Debe definirse con mayor precisión la misión de los canales de TV, tanto públicos como privados? ¿O bien su actividad debe puramente regirse por la autorregulación o las leyes del mercado?



PARTICIPANTES

Expositores:

- **Carlos Peña**, Vicerrector Académico Universidad Diego Portales
- **Pedro Güell**, Coordinador ejecutivo del informe de desarrollo humano PNUD

Moderador:

- **Jorge Andrés Richards**, Periodista y Moderador

Comentan:

- **Patricia Politzer**, Presidenta Consejo Nacional de Televisión
- **Zarko Luksic**, Diputado DC
- **Carolina Tohá**, Diputada PPD
- **Jaime Gazmuri**, Senador PS
- **Jaime de Aguirre**, Director de programación, Chilevisión.
- **Juan Carlos Altamirano**, Gerente Programación TVN
- **Carlos Mladinic**, Presidente del Directorio, Televisión Nacional

TRANSCRIPCIÓN DEBATE 4

TV Y CIUDADANÍA

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Por diez minutos tiene la palabra Carlos Peña.

Carlos Peña, Vicerrector Académico Universidad Diego Portales

Bien, en los minutos que siguen, que no serán más de diez, haré el intento de dilucidar si acaso la índole de los medios de comunicación masiva, especialmente la televisión, aconseja establecer regulaciones o -de acuerdo a esa misma naturaleza que la televisión posee- dejarla entregada a sí misma y a las audiencias.

A fin de avanzar sobre ese problema voy a comenzar revisando lo que en mi opinión son las fuentes del malestar que la televisión suele causar, particularmente a las elites. Me parece que si logramos identificar cuáles son las fuentes del malestar que la televisión suele causar podremos luego avanzar a una respuesta a esa pregunta de si debe o no regulársela. Me parece, entonces, que si uno revisa la literatura sobre el tema, encuentra tres fuentes de malestar frente a los medios de comunicación masiva y particularmente en la televisión.

Una primera fuente de malestar lo constituye el código de la comunicación televisiva. Existe, para decirlo de una manera simple, una cierta inconsistencia que es bueno reconocer entre los códigos comunicativos de la televisión, por una parte y el ideal deliberativo, que subyace a la democracia, conforme al cual la democracia no consiste solamente en agregar o sumar las preferencias de los ciudadanos, sino también en evaluar esas mismas preferencias a la luz del diálogo racional, cuyo paradigma, aunque solemos olvidarlo, es la comunicación escrita y no la comunicación televisiva. Esa es, me parece a mí, una primera fuente de malestar. Esta inconsistencia que las elites son capaces de advertir entre las reglas de la comunicación televisiva y las reglas racionales -digámoslo así- del debate democrático.

Al amparo de ese malestar las elites de derecha, por ejemplo, preferirían que la televisión transmitiera el canon de una alta cultura contenido en unas cuantas óperas y unos cuantos libros. En vez de mostrar como lo hace la televisión, lo que a esas elites de derecha le parecen simplemente ordinariéces.

Y las elites de izquierda, que, en esto, no se alejan mucho de la derecha, abrigan la esperanza de que la televisión aleone a la mayoría, le inocule conciencia crítica, le ayude a ver sus verdaderos intereses, esos mismos intereses que la televisión les ayudaría olvidar con esos programas -dice cierta parte de la elite- livianos,

ligeros, impropios de una vida democrática digna de su nombre. Esa es una primera fuente de malestar.

Una segunda fuente de malestar que causan los medios, la televisión particularmente, lo constituye el tema de la propiedad de los mismos. La industria de los medios de comunicación aparece, a primera vista, extremadamente concentrada en unas pocas manos que, se sospecha, modelan los mensajes de los medios de acuerdo a sus intereses, impidiendo así que el espacio de comunicación pública exprese todos los puntos de vista.

La pluralidad de mensajes, parece sugerir este argumento, requiere una pluralidad de propietarios y una difusión de los derechos de dominio o propiedad sobre los medios. Quienes así piensan sugieren que si los medios se concentran excesivamente no sólo depredaran económicamente el mercado sino que también depredaran el cerebro y las ideologías de las audiencias. Esa es una segunda fuente de malestar: el tema de la propiedad de los medios que asocia concentración de propiedad con uní dimensionalidad de los mensajes.

En fin, hay todavía, me parece, una tercera fuente de malestar que puede explicar la actitud que solemos tener frente a los medios de comunicación masivos y esta tercera fuente apunta a los medios que han progresivamente adquirido una actitud extremadamente invasiva, que han hecho de la intimidad de las personas parte de sus mensajes y de su espectáculo (...) Sobre la base de este diagnóstico general se elabora entonces una visión, de cierta manera Orweliana de los medios de comunicación -y de la televisión en particular-, como si la televisión fuera un fisgón que amenaza cotidianamente nuestra privacidad desproveyéndonos de ese espacio que nos permite desenvolver nuestra vida lejos de los ojos y de los oídos de los demás.

Cada uno de esos tres malestares -que surgen frente a la televisión y a todos los medios masivos de comunicación- suelen argüirse para favorecer una mayor regulación de los medios, en vez de dejarlos entregados al garete o a la sola decisión del mercado. Pues bien cabe preguntarse, ¿hay algo de razón en esas demandas en esos malestares? Permítanme evaluar cada uno de esos puntos brevemente y con eso concluyo esta apurada exposición.

El primero lo voy a analizar más lento porque corresponde a la parte más polémica del planteamiento. En primer lugar, la televisión, me parece a mí, si bien no es muy amiga, efectivamente, de la deliberación racional y no parece ser muy amistosa con las reglas del debate racional, si eso es así, es bueno también reconocer, me parece a mi, al mismo tiempo, que tiende sin embargo la televisión a favorecer otra dimensión de la democracia, pero no la del diálogo, si no la de la visibilidad o el reconocimiento de todas las formas de vida. Hoy día cada uno de nosotros tiene sus 15 minutos de fama y todas las formas de vida, incluso aquellas que parecen excéntricas, son recogidas fugazmente en la pantalla. Me refiero a formas de vida que hasta hace poco eran clandestinas o minusvaloradas por las élites y hoy día empiezan a ser acogidas en el espacio de lo público y se les

confiere visibilidad mediante la televisión. Es verdad, en síntesis, que lo público como deliberación no es acogido en la televisión pero a cambio de ello opera otra dimensión de la ciudadanía que es el reconocimiento de la diversidad, o la pluralidad de los intereses locales no mediados por los partidos. Nada de eso se alcanza, tengo la impresión, con otros códigos comunicativos distintos al de la televisión. Yo creo que esa es una ventaja y, por tanto, tendería a equilibrar este déficit deliberativo que tiene la televisión con esta característica que provee de otros momentos culturales donde se produce un mayor reconocimiento a las más disímiles formas de vida.

Si usted cree que la cultura y lo que importa está contenida en los libros, en esas formas de intelectualidades del diecinueve, va a mirar siempre en menos a la televisión.

Pero la televisión es una infraestructura comunicativa que provee unos mayores conocimientos que otros medios comunicativos y eso hay que anotarlo del lado de la televisión, incluso de la televisión que a las élites les parece chabacana u ordinaria. Unas elites que, además, son bastante chabacanas y ordinarias, dicho sea de paso, y a veces hacen esta crítica, bastante inculta y tosca, pero en fin.

En segundo lugar, agregaría, es probable que como consecuencia de un conjunto de procesos sociales -y que la sociología describe en detalle-, por ejemplo la debilidad de la familia en orientación, la expansión del consumo, la migración dentro de la ciudad, el acceso a la educación, el surgimiento de entidades múltiples, es probable que por todas esas causas se estén deteriorando en Chile las coordenadas de significado que, hasta hace poco, orientaban la vida colectiva. Por ejemplo: la idea de nación o la iglesia, o la clase social esté siendo desplazada por entidades más selectivas y que hacen que en su conjunto aquello que el pensamiento ilustrado llama opinión pública, esté siendo sustituido por la aparición del público: ese conjunto de hombre y mujeres que son capaces de encontrarse no siempre en medio de narrativas globales, sino también en torno a intereses más parciales o menores como la entretención. Se le achaca a la televisión procesos sociales que la televisión, simplemente, expresa.

En tercer lugar: las quejas hacia los medios de comunicación masivos, me parece a mí, particularmente a la televisión, esconden a veces, como yo decía hace un rato, el malestar de las elites que piensan que hay un canon de lo humano contenido en unas cuántas obras de la alta cultura que los medios deberían divulgar. Nada de eso, me parece a mí, se condice con la expansión del consumo que es cada vez más agudo y es probable que se acrecentará con la expansión educacional y el bienestar.

La televisión abierta debe tener, creo yo, una vocación de pasividad muy razonable, cuando simplemente se aboga por mensajes aristocratizantes.

En cuarto lugar: no me parece que la experiencia respalde de manera concluyente que exista una continuidad estricta entre los intereses de los propietarios de los

medios de comunicación y los contenidos que transmiten esos mismos medios. El caso de canal 13, por ejemplo, es un caso claro de discontinuidad y es probable que los clérigos, los creyentes -acá supongo habrá muchos- truenen cuando miran el contenido de ese canal. Otro caso es el de Megavisión, canal que, a pesar de las apariciones fulgurantes del padre Hasbún, el resto de los programas se esmeran en corroer ese mensaje piadoso que el padre Hasbún divulga con tanta elocuencia. En la prensa escrita el fenómeno es parecido y cabría citar aquí el caso de Las Últimas Noticias que alinea el debate público con temas hasta hace poco temas subterráneos de la vida colectiva y contribuye a la liberalización de las costumbres con el disfraz de la frivolidad y la farándula. Lo que ocurre, tengo la impresión, es que la economía política de los medios de comunicación los obliga a ser más fieles a las audiencias que a los dueños.

Quien pacta con el mercado, se está aprendiendo recién en Chile, pacta con el diablo; los mensajes se aligeran y se rompe, como vengo diciendo, la continuidad estricta de los intereses o creencias de los propietarios de los medios y el contenido de esos mismos medios.

Convenzo, sin embargo, que si no es la propiedad del medio la que siempre es decisiva a la hora de los mensajes, sí parecen tener alguna influencia los avisadores, quienes, en una sociedad tan endogámica y con tantas complicidades sociales como la chilena, pueden limitar o excluir el contenido de los medios por el expediente de castigar, por ejemplo, la compra de espacios. Pero, lo que aquí se configura es una paradoja: los avisadores que castiguen concientemente algunos mensajes pueden también enajenarse a la comunicación masiva y por esa vía perjudicar su propio negocio. En cualquier caso, me parece a mí, el antídoto a este problema podría ser el subsidio público adjudicado, mediante licitación, a mensajes que por sí mismos no consigan el financiamiento. En esto me parece que en Chile debemos hacer más esfuerzos que los que hasta ahora se han efectuado y el Consejo Nacional de Televisión, quizás, podrían en esta parte hacer más vigorosa su presencia por la vía de alentar el subsidio a bienes públicos comunicativos, llamémoslos así.

En quinto lugar: la actitud hasta cierto punto invasiva de los medios de comunicación, de la cual se queja tanta gente, sobre todo esa actitud invasiva hacia la intimidad personal resulta, y es bueno reconocerlo de una vez por todas, inevitable. El figoneo, el murmullo, la maledicencia, son la venganza que se toman las audiencias dominadas contra aquellos que tienen el poder y que pretenden dirigirla: clérigos, políticos, predicadores de toda especie. Trabajar en el ámbito público desde la política a las universidades, como es mi caso, no me excluyo, supone aceptar que los demás murmuren acerca de uno, inventen historias falsas acerca de la vida personal y por cierto del escrutinio del propio trabajo.

Como he sugerido en otras partes, en estas materias no existe una tercera vía y es inevitable escoger entre una vida sosegada, pero sin libertad de expresión, o una sociedad abierta donde la privacidad esté inevitablemente expuesta. En suma,

y como espero que ustedes hayan advertido después de esta rápida revisión, no soy partidario de una regulación de los medios superior a la que ya tenemos, una regulación, por decirlo así, que intente torcerla la nariz al mercado, porque creo, en términos generales, que el mercado no conceptualmente, el mercado históricamente en sociedades tan conservadoras, tan endogámicas como las nuestras, y al menos al nivel de industria cultural, está contribuyendo a liberalizar y a ampliar los contenidos y a hacer que quienes trabajan en los medios tengan una actitud más alerta y más inquisitiva hacia las elites y los grupos que hasta ahora monopolizan el poder. Aumentar las regulaciones y, perdónenme, en una sociedad tan familiar con tantas complicidades, tan endogámicas como la nuestra, es quitar el poder que, defectuoso y todo, hoy día tienen las audiencias y concentrarlo, en cambio, en las elites, que al tener demasiadas complicidades entre sí, como digo, lo más probable es que se dediquen no a abogar por la apertura de los medios sino a sujetar su mensaje. O habrá alguno de ustedes que piense que sin la necesidad de financiarse, canal 13 transmitiría los mensajes que transmite, o alguno de ustedes cree que sin ese acicate Las Últimas Noticias habría contribuido -más que ningún salto utópico o ideológico- a liberalizar las costumbres en Chile. Que hay banalidades en los mensajes de los medios de comunicación masivos, es cierto pero no hay que sorprenderse creo yo demasiado con esta visión, porque desde cuando las élites han sido amigas de las mayorías.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Agradecemos a Carlos Peña, fueron 14 minutos, los mismos 14 minutos que tendrá Pedro Güell.

Pedro Güell, Coordinador ejecutivo del informe de desarrollo humano PNUD

Si uno puede resumir la pregunta de este foro, aproximadamente sería: ¿qué debe hacerse con los medios de comunicación de masas para que ellos favorezcan el desarrollo de la ciudadanía? Para abordar este tema yo quisiera hacerme primero la pregunta, qué es lo que de hecho hacen los medios de comunicación de masas con la ciudadanía y cómo la ciudadanía usa los medios de comunicación de masas. Para poder llegar a una respuesta de cómo esa relación puede ser perfeccionada, me parece que primero hay que partir un poco en el sentido que decía Carlos Peña, hay que partir delimitando el comportamiento de hecho para ver que sentido y que dirección pueden tener las regulaciones.

Yo quisiera exponer aquí de manera muy sumaria una hipótesis empírica basada en datos acerca de lo que hacen los medios con la ciudadanía y sobre todo la ciudadanía con los medios, para intentar una respuesta o más bien un replanteamiento a la pregunta sobre los temas de regulación, en un sentido algo distinto a lo usual.

Hay un acuerdo ya de los analistas en que la política y lo público ha sido ocupados por los medios de comunicación de masas. Esto significa que los mensajes y las

conversaciones que los medios provocan no solo definen el espacio y los lenguajes en los cuales se produce opinión y debate público, sino que, además, establecen las prioridades de agenda. Ahora, esto es un fenómeno mundial, no sólo un fenómeno chileno y hay que precisarlo para el caso chileno. Entonces las preguntas son: ¿han cambiado los medios en Chile en su relación con la ciudadanía?, ¿que impacto han producido sobre la ciudadanía?, ¿tienen los ciudadanos y la democracia en Chile más poder gracias a las transformaciones de los medios? y de ser así, ¿de que tipo de poder se trata?, ¿qué poder han ganado los ciudadanos, si es que acaso han ganado, gracias a la transformación de los medios?

Aquí voy a resumir de manera muy rápida algunas conclusiones generales de datos de una última encuesta que acabamos de terminar en el Programa Naciones Unidas para el Desarrollo -PNUD- que tiene algunos aspectos sobre medios de comunicación. En Chile, 3 de cada 4 personas piensa que los medios de comunicación están cambiando notoriamente, entre ellos, la mayoría piensa que estos cambios han sido para mejor. Obviamente, estas percepciones varían dependiendo de quienes la dicen, y quienes mejor evalúan el cambio de los medios son los sectores más postergados: los pobres urbanos y pobres rurales.

¿Cuál es el contenido de los cambios?, ¿en qué está pensando esta gente cuando dice que los cambios son positivos o negativos? Los cambios mas positivos que se perciben son la existencia de mayor diversidad de opiniones en los medios y una mayor cercanía de los medios con los intereses de las personas corrientes.

Por otra parte, hay una sensación negativa que alude al sensacionalismo, a la pérdida de valores y a la despreocupación por los intereses del país. Obviamente, en estas dos opiniones, positiva y negativa, también hay una definición de quienes las pronuncian, nuevamente la evaluación positiva de que los medios están más cerca de los intereses de la gente corriente, es pronunciada por los sectores más pobres y, obviamente, quienes piensan que aquí se ha perdido algo con los medios son los sectores de estrato alto.

Cada sector va a evaluar los medios de comunicación de masas, los cambios de los medios de comunicación de masas, en función de cómo lo trata el mismo, es decir, algo hay de pérdida de una propia posición o de una identidad en los sectores altos, que tienden a pensar que los cambios son negativos y, por el contrario, algo hay de ganancia en ciertos sectores que tienden a pensar que los cambios son positivos.

Parte importante de estos cambios de imagen tienen que ver con que la gente le atribuye a los medios un aumento en su poder: los medios en Chile, hoy día según la opinión de la gente, tienen mucho más poder que antes. Claro que, como punto de partida, la gente no cree que los medios sean hoy día en Chile una institución tan poderosa: en un ranking de catorce instituciones que incluye a la iglesia, al gobierno, a los partidos, a los grupos económicos, a los sindicatos, etc., se ubica

en un sexto lugar. Sin embargo, la gente cree que los medios de comunicación de masas son la institución que más poder ha ganado en Chile en el último tiempo.

Estas percepciones anteriores, me parece a mí, se relacionan a un hecho objetivo, en el caso chileno, y es que los medios han desplazado, en el último tiempo, sus preferencias desde la defensa o representación de los intereses de las instituciones a una alianza con los sectores de espectadores en una crítica a las instituciones, es decir, hay un desplazamiento del tipo de tema, foco y público a los cuáles se quiere llegar: de una alianza con las instituciones se ha pasado a una alianza con los públicos en una mirada crítica hacia las instituciones.

Entonces los medios aparecen, en la percepción de la gente, como aliados en sus críticas a las instituciones, pero, también, como aliados en la entretención y como aliados en la construcción de consejos y soluciones a los problemas cotidianos. Se puede apreciar que en los matinales de televisión, hasta las secciones de autoayuda, finanzas personales, noticiarios, periodismo de investigación, la gente ve o interpreta en eso un elemento de alianza.

Si uno mira los datos con respecto a esto, las personas afirman que son los medios de comunicación, junto a las escuelas y a las universidades donde la opinión de las personas pesa hoy mucho más que antes. En consecuencia, como interpretación de este desplazamiento de alianzas uno puede encontrar este primer dato, donde la gente cree que es en los medios donde su opinión encuentra mucho más resonancia que antes.

En segundo lugar, como rasgo de esta nueva alianza que percibe la gente, los medios de comunicación aparecen, claramente, como la institución que más ayuda a defenderse a las personas de los abusos de los poderosos. Un dato súper fuerte en el sentido de la percepción que la gente tiene, hoy día, sobre las relaciones de poder en Chile dice relación, precisamente, con la idea del abuso: hay ciertos poderes que son inmanejables y que tienen mucha libertad de acción y mucha arbitrariedad y las personas comunes y corrientes no cuentan con herramientas para regularlos, controlarlos, denunciarlos y supervisarlos. Entonces es aquí donde los medios de comunicación aparecen, entre todas las instituciones, como aquellos más capacitados para defender a la gente de los abusos de los poderes.

En tercer lugar, dentro de éstas características de alianza, los datos muestran que los líderes de los medios de comunicación, cuando uno pregunta por ellos, aparecen detrás de los grandes empresarios y antes que los líderes políticos, como aquellos que más contribuyen a conducir al país hacia el futuro. Es decir, los medios de masas no solamente aparecen con un rol de protección, que primero ayuda a la persona a entender el mundo, y también le ayuda a relacionarse con los poderosos controlándolos, sino que, además, ejercen un rol de conducción y liderazgo.

Creo que, resumiendo éstas tendencias, en la relación de los públicos masivos con los medios, puede observarse una tendencia, en general, de alianza entre esa población común y los asuntos de su vida cotidiana y un rol de protección y liderazgo que ejercerían los medios.

Resulta sugerente comprobar que las características que la gente le atribuye a los medios de comunicación -estoy hablando de la gente que tiende a interpretar los cambios de los medios como muy positivos y que le atribuye un rol de aliados a los medios- son las mismas que le atribuyen a su líder nacional ideal, cuando se le pregunta por él.

Preguntamos en una parte totalmente distinta en la encuesta el ¿cómo sería su líder ideal? Las personas lo describen con los mismos rasgos con los que evalúan la televisión. Esto podría indicar que para ciertos grupos de la población -que se relacionan con los medios, los cuales cumplirían un rol propio de la representación y la constitución política- hay una evaluación de los medios que los hace aparecer con las mismas características y funciones que, esas mismas personas, le atribuyen a una correcta y desarrollada conducción política.

Quiénes son los que están detrás de esto, o sea, quiénes son los ciudadanos que encuentran en los medios una evolución positiva y perciben que los medios estarían cumpliendo lo que ellos esperan de un correcto y positivo liderazgo nacional. Primero, no son personas que entienden más ni se interesen más en los debates políticos que el resto; no participan más que otros en organizaciones sociales ni están interesados en realizar actividades de movilización, ni están más dispuestos que el resto a asumir roles de dirigencia política, es decir, no se trata de ciudadanos especialmente activos con vocación de poder participar. Sin embargo, respecto de su adhesión a la democracia y su tolerancia son en algo superiores al resto de la población. Entonces, hay un ciudadano que tiene vocación democrática y pluralista, que no es activo, y, sin embargo, su vocación la canaliza a través de su atribución de liderazgo a los medios que correspondería, tradicionalmente, al liderazgo político.

Uno puede sugerir, entonces, la aparición de un ciudadano mediático, pero que es más que un mero espectador de la representación política a través de los medios y que no responde a esa idea de que el ciudadano mediático sería, simplemente, alguien que observa la política a través de la televisión y que se limitaría a hacer política a través de la televisión.

Este ciudadano mediático que hemos descrito es más que un mero espectador. Él cree participar políticamente, a través de la delegación de su interés y a través de la delegación de su confianza a los medios, porque confía en que los medios pueden cumplir con este rol de protección, de representación, de conducción. Pueden cumplir a través de su poder en la instalación de agenda y en la influencia que tienen en las decisiones públicas y en la capacidad que tienen para denunciar a los poderosos. Hay, en suma, una delegación, hay una ciudadanía delegativa, gracias a los medios con capacidad de conducir.

Es necesario recalcar que el ciudadano mediático no es simplemente pasivo, por lo que muestran aquí los datos, y cree tener una relación activa con los medios en el sentido para-político, se podría decir.

El liderazgo de los medios, por otro lado, que se constituye en esta relación de uso y atribución de significado de los medios, obviamente, termina también influyendo sobre el comportamiento de los medios. El liderazgo que los medios van a ejercer respecto a esta masa, respecto a esta forma de liderazgo, es ambivalente: creo que se puede hablar de un populismo mediático donde los medios no solo generan un espacio de comunicación que se centra en los intereses de protección y reconocimiento a la plebe. También le ayuda a generar una red virtual de vínculos con otros. Así, en la mañana, el programa matinal acompaña a la madre en su quehacer doméstico, en la tarde la hace partícipe en una inauguración de un alcalde y en la noche le explica los avatares de la Guerra del Medio Oriente. En un mundo amenazante por su globalización y complejidad los medios parecen cumplir para un sector importante de la población, ciertas funciones mejor que la política. Los medios, por ejemplo, generan campañas de ayuda directa conectando a sus públicos con las emociones del drama humano y mostrando soluciones concretas. Con ello sugieren, de paso, una suerte de desinterés y generosidad de las instituciones y proponen una personalización de las acciones públicas a través de los conductores de programas. En ese sentido hay populismo mediático no solo porque se va a instalar a los marginados en un mundo de relaciones, sino porque también lo ayudará a entender ese mundo de relaciones y le genera la sensación de estar recibiendo o entregando ayuda directa.

Se trata entonces de una relación, como decía Carlos Peña y, obviamente, los medios van a usar esta demanda en un sentido también de mercado, ya que esta suerte de política paralela resulta un nicho de mercado muy atractivo. Se trata entonces de una relación entre medios y públicos que reproduce una suerte de subsistema político, una suerte de duplicación o reemplazo de la relación entre la ciudadanía y el sistema político a través de un simulacro medial, que no por ser simulacro deja de tener efecto en el sentido político real y personal real (...)

Creo que los medios constituyen sin duda una necesidad, inevitable a estas alturas, para tener una democracia sólida y entregan herramientas prácticas y simbólicas para las audiencias en el campo de la democracia. No obstante, esta relación populista se da al precio de integrar a las audiencias a un modo de constituir lo público que más parece una delegación populista que una actividad de ciudadano. Habría una delegación de responsabilidades a cambio de un reconocimiento simbólico: una suerte de relación padres-hijos la cual por cierto termina minando la idea de soberanía de la ciudadanía, la idea de capacidad ciudadana real.

Si esto es así, yo quisiera terminar con una pregunta ¿este panorama debilita efectivamente la democracia o el comportamiento ciudadano en el sentido que nosotros lo entendemos?, de ser así ¿qué podemos hacer? Yo supongo que hay instancias públicas que pueden servir de correctivos, estoy suponiendo que sería

necesario corregir algunas de estas cosas y supongo que podría ser más por la vía de los incentivos -como planteaba Carlos Peña- que por la vía de las regulaciones: tratar de regular a una instancia que opera en un mercado que tiene mucho atractivos e incentivos en la demanda, es como tratar de regular el mercado de la cocaína. Creo que también puede funcionar por la vía de las autorregulaciones.

Pero yo creo que hay que tener presente -más allá de las posibilidades que a mi me parecen relativamente limitadas aunque no por ello haya que intentar las estrategias de regulaciones-, hay que tener presente que esta tendencia de los medios se nutre de una crisis de representación de la política que ocurre fuera de los medios y no dentro de los medios. En buena parte el problema no está en los medios, aunque esta estrategia de utilización por parte del mercado de esta especie de demanda vacante por representación, obviamente, termina agudizando el problema.

A mi me parece que será muy difícil revertir estas tendencias que consideramos nocivas, si no se superan paralelamente las debilidades de los otros sistemas de representación. Pretender atacar las regulaciones sólo en el campo de los medios, cuando los medios están funcionando gracias a la apropiación de una demanda vacante en un campo externo, me parece que es un poco ineficiente. Por eso creo que es muy limitada la posibilidad de los mecanismos de regulación, salvo aquellos de incentivo. A mi me parece que son los problemas de los sistemas de representación y no los medios, los que han hecho surgir un desamparado en búsqueda de aliados y ese es el nicho que los medios han descubierto, en doble sentido, como un gran potencial de mercado y como una base de poder .

Yo quisiera demostrar que es posible y necesario pensar desde una perspectiva algo distinta: los medios está aprovechando esa demanda vacante para hacer su propio negocio pero no la crean, la refuerzan pero no la crean y, por lo tanto quiero insistir en este punto, a mi me parece que el tema de la calidad ciudadana en la televisión tiene que plantearse inmediatamente y directamente con el tema de la calidad ciudadana en los otros sistemas de representación en la sociedad. Gracias.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Gracias Pedro, tiene por 5 minutos la palabra Patricia Politzer.

Patricia Politzer, Presidenta Consejo Nacional De Televisión

Gracias, bueno lo primero que yo quisiera señalar es que cuando se habla de televisión lo hacemos sobre un tema tremendamente complejo y creo que lo peor es tratar de llevar el tema a los extremos del blanco y negro. Creo que el problema no es, como decía Carlos Peña hace un momento, entre la alta cultura y la ordinariez sino entre programas y contenidos de calidad y lo que hoy se llama televisión basura. Tampoco se trata de que la regulación sea una herramienta

para torcerle la nariz al mercado y por lo tanto destruir las bondades que ha tenido la televisión - y coincido en que han sido muchas-, sino que se trata de corregir o llenar los vacíos del mercado.

Así también en relación a lo que decía Pedro, el estudio que ha hecho el PNUD señala muchas de las satisfacciones de los encuestados en relación a la televisión. El Consejo Nacional de Televisión realiza, cada tres años, una encuesta nacional de televisión. La última que hicimos, hace ya casi tres años, nos mostraba que el malestar hacia la televisión no es -como sostuvo Carlos Peña- un malestar de la élite hacia la ciudadanía: uno de cada dos ciudadanos manifestaba su malestar y críticas bastante fuertes a la televisión: críticas en torno al lenguaje, en torno a la manipulación, críticas en torno a la falta, justamente, de diversidad en la televisión Chilena.

Pero, al mismo tiempo, en la misma encuesta, aparecían muy bien valorados ciertos programas específicos, que son, probablemente, los que provocan la valoración positiva a la cual hacía referencia Pedro. La verdad es que el gran cambio de la televisión en los últimos 15 años se caracteriza por la instalación de la televisión privada, un sistema de televisión que se rige, fundamentalmente, por las reglas del mercado. Esto, como decía Pedro Güell, no es para nada un tema chileno, es un tema global con consecuencias globales: surge un tipo de televisión en la que prima la entretención superficial, que carece de contenidos de calidad y sobre todo contenidos de interés social y de contenidos que importen al desarrollo del país.

La parrilla programática se ha ido copando en todas partes de la llamada televisión basura, el mercado no responde a muchos contenidos de interés social y los canales, hoy, son empresas que persiguen utilidades por sobre cualquier otra cosa. Hace 10 años, Jaime de Aguirre lo sabe muy bien, quienes decidían la programación eran los directores de programación y hoy día son fundamentalmente los gerentes comerciales. He escuchado a ciertos ejecutivos de nuestra televisión que me han dicho sin ningún pudor y sin ningún complejo, que ellos se deben, como ejecutivos de la televisión, a los avisadores porque son ellos quienes les pagan el sueldo.

La verdad es que ese es un cambio bien radical en la industria televisiva y ese cambio implica ver a los televidentes como meros consumidores de los avisadores y no como ciudadanos que requieren de contenidos relevantes para la vida en sociedad. Este es un cambio muy peligroso para la estabilidad y la convivencia democrática y, como decía anteriormente, no es un problema local, es un problema global, y tan así es que, en Diciembre del año pasado, la Unión Mundial de Broadcasting -que es la organización que reúne a los principales canales de radio y televisión del mundo, unión a la cual están afiliados todos los canales de televisión Chilena a través de la OTI- suscribió una declaración en la cual expresa su compromiso con una comunicación de calidad, justamente a raíz de este malestar y esta inquietud en torno a la televisión basura. Cuando habla de televisión de calidad la Unión Mundial de Broadcasting se refiere a “una

comunicación que practique y promueva el respeto, la tolerancia, el pluralismo y la diversidad cultural”, y esta declaración se supone se ha hecho llegar a los gobernantes de todos los países.

Yo quisiera señalar que durante un siglo la lucha por la libertad de expresión es una lucha contra el poder político. En muchos países donde se ha instalado la democracia esa lucha contra el poder político y por la libertad de expresión es una lucha que se considera ganada, sin embargo se ha ido descubriendo que la libertad de expresión tiene otros obstáculos y que hoy esa lucha es, fundamentalmente, una lucha contra el poder económico. Y, a mi juicio, esta lucha es mucho más compleja, porque es menos evidente y menos clara.

Redondeo con esto: las trabas a la libertad de expresión hoy día no se evidencian como antes con la burda censura política, sino a través del imperativo del alto rendimiento con el menor costo posible. En ese sentido, creo que los organismos reguladores en el mundo, están adquiriendo cada vez mayor fuerza, porque es un tema global. Por ejemplo, el gobierno de Rodríguez Zapatero, está fuertemente interesado en crear el Consejo Nacional del Audiovisual en España. En Estados Unidos, hace un par de meses y por primera vez en su historia, la FCC -Federal Communication Commission- aplicó unas multas millonarias a los canales por contenidos que, en Estados Unidos, se consideraron indecentes. Creo entonces que el gran desafío hoy día es combinar la calidad de los contenidos con un manejo empresarial eficiente, y en ese sentido organismos reguladores como el Consejo Nacional de Televisión, al que represento en este debate, tienen mucho que aportar. Por una parte pueden aportar a la promoción de subsidios a la televisión de calidad y de esa forma por lo tanto cubrir aquellos espacios que el mercado no es capaz de satisfacer. Y también y en eso coincido con Carlos Peña, aportar a través de investigaciones y sobre todo del fomento del debate en la televisión: un debate que no se restrinja solamente a las portadas de Las Últimas Noticias, sino un debate mucho más profundo, que permita tener una ciudadanía cada vez más informada, cada vez más crítica, cada vez más exigente con la televisión que es parte de su vida cotidiana. Gracias.

Jorge Andrés Richards, Periodista- Moderador

Se ha incorporado a esta mesa el presidente del directorio de Televisión Nacional don Carlos Mladinic. Tiene la palabra, ahora, Zarko Luksic por 5 minutos.

Zarko Luksic ,Diputado DC

La verdad es que yo tenía preparada una exposición que hace referencia a la idea de la televisión basura y que, en lo medular, se centra en lo que me preocupa, es decir, si se cumplen o no los objetivos de la ley del CNTV, especialmente los que dicen relación con la dignidad de las personas, el pluralismo, la democracia, medio ambiente.

Sin embargo, me dejó muy impresionado la exposición de Pedro Güell. Él expone ideas y cuestionamientos que, sin estar presentes en lo que tenía preparado, sí las he estado reflexionando hace bastante tiempo. Yo concuerdo en la impresión de que los medios de comunicación en nuestro país, especialmente la televisión, han desplazado el rol fiscalizador de instituciones políticas fundamentales de la República como es el Congreso Nacional. Para un diputado o un senador, hoy día es imposible ejercer ese rol sin establecer una relación de complementariedad con la televisión. Y es ahí donde surge la pregunta sobre la legitimidad de una institución del Estado garante de la soberanía del pueblo y representante de sus intereses, ya que ese rol fácilmente puede ser reemplazado por un medio de comunicación.

Me parece que el sistema político debe, por una parte, dar cuenta de esa situación y, por otra, establecer un marco regulador para que ese medio de comunicación no abuse de ese poder de representación social. Yo creo que ahí hay una cuestión clave para el sistema democrático. Especialmente tomando en cuenta su estructura, mecanismos de funcionamiento y marco regulador. En primer lugar, tiene que ir a una elección; en segundo lugar, tienen una duración preestablecida; en tercer lugar, tiene potestades o funciones absolutamente delimitadas. Por su parte, cabe preguntarse, ¿La televisión tiene las mismas cortapisas que tiene un órgano político o un órgano establecido en la carta fundamental y que ordena el sistema democrático? Yo creo que ahí hay una tarea pendiente. Entonces, cuando a mí me preguntan, tomando en cuenta lo relacionado con la representación social y el rol fiscalizador de los medios de comunicación, particularmente de la televisión, sobre la influencia que tienen los agentes económicos en el modo en que ejercerán dicha función o en los contenidos de un programa, uno advierte que hay cuestiones pendientes o poco claras. El temor ciudadano de que las empresas que más invierten en televisión procurarán asegurar mayor protección a sus intereses encuentra en el *people meter*, en el *rating*, una instancia fiscalizadora de esas posibles irregularidades. Todo lo anterior me hace pensar que ahí entramos a un tema muy importante y de fondo: la crisis de representación de las instituciones que conforman el actual sistema democrático. Por ello es que me alegra la exposición de Pedro Güell, porque devela los componentes de esta crisis (...)

Muchas veces cuando uno va a Pudahuel o Colina uno se topa con comentarios de este tipo: “pucha, Diputado que lo he visto poco, pero sabe, lo vi en la tele.” Entonces ocurre que “el verlo en la tele” implica estar trabajando en el distrito y estar metido en la casa. Ahora, ¿en qué me vio en la tele? y da la impresión de que no siempre se tiene claro en qué me vio en la tele, pero sí que me vio en la tele, como si lo importante era aparecer en la televisión sin importar qué se dijo o qué registraba la nota televisiva. Esas distorsiones de la percepción de la gente también repercuten en la actual crisis de representación del sistema democrático, porque el ejercicio mismo de la función fiscalizadora de los parlamentarios puede ser hábilmente simulada con todos los perjuicios que ello podría implicar. Es por ello que es necesario hacer una gran reflexión sobre los medios de comunicación y en particular sobre la televisión. Soy partidario de establecer un mecanismo que

mejore la relación entre los medios de comunicación y las instituciones que componen el sistema democrático y buscar fórmulas que eviten posibles abusos de poder de parte de dichos medios, especialmente de la televisión abierta.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Ahora tiene la palabra por 5 minutos Carolina Tohá.

Carolina Tohá, Diputada PPD

Gracias por la invitación. Yo no soy experta en televisión por lo que mi opinión responde a una óptica distinta de la de un experto, me ubico desde el lugar de una diputada de la República.

Tenemos una crisis de representación bastante grande en Chile, por ejemplo, como parlamentarios nos corresponde tomar importantes decisiones a nombre del país, casi a diario, en donde la gente no tiene ninguna posibilidad de ser parte, de enterarse de qué se trata, de tener opinión, de hacer juicio. Cuando las personas ejercen su rol ciudadano, ya sea como electores o como opinión pública, yo siento sinceramente que esa función se ve mermada. Es evidente que los ciudadanos carecen de la información suficiente, de la competencia para entender qué es lo que se está decidiendo como país. Ello es más evidente en la medida de que las materias tratadas tienen un alto componente técnico que las hacen mucho más difícil de entender para la gran mayoría. Sin embargo, hay otras tantas materias que no son así, son muy cotidianas y tienen que ver con su vida diaria. Por ejemplo, para dar un caso presente, nosotros llevamos dos años en una discusión de una acidez que yo no he visto en ningún otro tema en el congreso, ni siquiera con el Royalty, y que tiene que ver con en el ámbito de la educación. En Chile el tema de mayor nivel de discordia lejos es la educación y la gente no tiene la más remota idea de ese debate: de lo que pensaban unos y qué pensaban los otros, de los argumentos que cada uno tenía, de lo que se decide. Ese nivel de desconocimiento popular de lo que ocurre en el Congreso no lo veo en relación a lo que pasa en la televisión. Y surge el cuestionamiento sobre si es necesario regular o no a la televisión dado el impacto social que tiene. Yo no sé si la televisión hay que regularla o no, tiendo a pensar que si la regulamos vamos a acomodarla a los intereses de los que la regulen. Tiendo a pensar, además, que la televisión posee una potencialidad como instrumento para hacer enfrentar al problema de la ignorancia ciudadana sobre lo que se está discutiendo o decidiendo como país hoy en día. Pero no es el único rol de la televisión y en ello hay cierto consenso acerca del rol fiscalizador que la televisión puede ejercer sobre las instituciones y sobre los representantes políticos, por ejemplo. Es evidente, como primera, sostener que la televisión ejerce un servicio público y que funcione en base a concesiones públicas. Luego determinar cómo la gente usa la televisión para expresar sus preferencias e intereses. Hasta ahora parece ser que la salvaguarda de dichos intereses se expresa sólo a través de los índices de sintonía. Sin duda la sintonía refleja la preferencia de la gente, en el sentido de elegir un programa dentro los que hay. Ello implica que el tema educación debería

estar en esa oferta lo cual no garantiza que las personas lo vayan a preferir. Lo más probable que dicha oferta demore mucho tiempo para encontrar el formato ideal para ser de la preferencia del público y que garantice, además, cierto grado de participación. Entonces ahí opera un criterio de servicio público por sobre un criterio de estrictamente de mercado. Incluso obedeciendo a criterios de mercado un programa demora un tiempo de consolidación, no siempre se imponen sólo porque responden a un supuesto interés determinado por estudios previos.

En segundo lugar, la televisión no sólo es un espejo de lo que son los chilenos hoy en día, de cuáles son sus intereses, también la televisión de alguna manera está moldeando esos intereses, esos gustos. Y con esto no sólo quiero demonizar ese poder que tiene la televisión, sólo pretendo dar cuenta de un fenómeno.

Entonces yo creo que ante la pregunta de si es por regulación o por incentivo, si hay que cambiar la forma del directorio de televisión Nacional, por ejemplo, es necesario tomar en cuenta el riesgo de que los “representantes políticos”, los entes fiscalizadores se preocupen más de cuidar sus intereses partidarios que salvaguardar los ciudadanos. Entonces no es tan simple la respuesta, determinar cuál es el instrumento idóneo para garantizar que ciertos intereses corporativos prevalecerán por sobre los intereses de la sociedad en su conjunto. Pienso que estas preguntas, estas inquietudes sobre la televisión tienen una gran importancia dada la potencialidad de servicio público que dicho medio tiene en nuestra sociedad.

Jaime Gazmuri, Senador PS

Bueno, yo quisiera hacer tres reflexiones haber si caben en los 5 minutos.

La primera, coincido con Pedro en que no se le puede pedir a la televisión que resuelva temas generales de la democracia. Sin lugar a dudas, todas las democracias modernas, y la chilena por cierto, se está en presencia ante una cierta crisis de la representación. La explicación puede hacer mención a diferentes factores: la capacidad de representar a la sociedad, la disolución de los grandes relatos en los cuales se sientan convocadas las personas, en fin, eso es bastante conocido. Por tanto, el tema del desafío democrático no se va resolver por el tema de la televisión. Coincido con lo que se ha dicho acá, yo creo que históricamente no se ha sabido resolver el problema que se plantea entre el paradigma democrático y el soporte televisivo, yo me hago cargo de eso. La democracia es hija de la palabra, es hija de la ilustración, es hija del debate racional, es hija de la elite. Recordemos que la democracia chilena del siglo diecinueve era una democracia de hombres mayores de 25 años, que todos pagaban tributos y que leían muchos periódicos y que por tanto el senado y la representación que se ejercía tenían los medios adecuados.

A mediados del siglo pasado se incorporó la mitad de la humanidad a la democracia, las mujeres, recién en los años setenta los jóvenes, están invitados, otra cosa es que la fiesta no les guste, y la televisión comienza progresivamente a masificarse en su uso y entonces hay un tema con el código televisivo y la forma

tradicional de la deliberación democrática. Yo no sé como se resuelve, hay quienes creen que no se resuelve, Giovanni Sartori por ejemplo, dice que la televisión va a matar la democracia, yo le digo algo más inteligente “si la va a matar estamos fritos, porque la televisión no se va a ir”. Gente como Régis Debray, que tienen una reseña muy interesante sobre el tema de Televisión y Política, dice que no sólo ha cambiado el soporte del discurso político sino que también cambia la política. Yo creo que hay una reflexión que hay que hacer sobre esta nueva situación, preocuparnos de cómo hacernos cargo.

Los parlamentos son lejanos porque no caben en la televisión, cómo lúcidamente nos hace ver Régis Debray, la asamblea no cabe en el primer plano y punto. Hay un tema que tiene que ver con el medio, nosotros tampoco sabemos usar ese código televisivo. El senador tiene un minuto en pantalla para expresar ideas, cómo expresarlas en ese tiempo, qué puede expresar reflexivamente en un minuto, entonces expresará convicciones, emociones, no tiene otra. Entonces ahí hay un problema porque si esto es así eso requiere una reflexión, y no decir el asunto es fácil y sigamos el sentido común.

Segundo, yo creo que tampoco hay que exagerar el papel de la televisión en la formación de opinión pública. Aquí no hay que equivocarse con las encuestas, por lo menos en este asunto, seguramente todas las encuestas señalarán que la gente se informa en un 80% por la televisión. Pero gran parte de la opinión pública se estructura desde la prensa escrita y el problema es que la pauta de un medio escrito en Chile no es plural. La prensa chilena es espantosa en ese sentido y no estoy de acuerdo con Carlos en que los públicos a la prensa escrita la condicionan y la permean, yo creo que eso es muy relativo depende del sistema de medios. En Argentina el *Página 12* cambió todos los medios, los obligó a liberalizarse, como le sucedió al diario conservador *La Nación* de Argentina.

Volviendo al tema de la televisión, si es necesario regularla o no. Yo creo que lo que hay que discutir es el tipo de regulación que tenemos y el tipo de regulación que queremos. Aclarando, de paso, que es falso creer y sostener que quienes estamos por regulaciones inteligentes y astutas estamos por colocar la ópera en la televisión. La idea de regulación de la cual soy partidario no responde a la caricatura de instalar “la alta cultura en la pantalla”. La idea que yo defiendo apunta a cómo se genera un sistema de reglas que garantice diversidad, pluralismo, máxima calidad según los patrones estéticos de la mayoría. Es decir, el que busca va a tener que ser el que prende, apaga o cambia la pantalla.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Gracias, Jaime, tiene por 5 minutos la palabra Jaime de Aguirre.

Jaime de Aguirre, Director de Programación, CHILEVISIÓN

Encuentro que la reflexión que se han hecho acá tienen un grado de profundidad e inteligencia que interesa a los que estamos operando televisión (...) Tiendo

religiosamente a adherirme a la teoría general de Carlos Peña. Yo sospecho que las regulaciones en general, he pasado mucho tiempo regulando. En general, creo más en los debates sobre cómo administrar la autorregulación que sobre qué regulación estatal debieran tener los medios de comunicación. Creo que los pequeños escapes que tiene el sufrido pueblo chileno, usando términos antiguos, a través de la televisión, no son malos. Que alguien le cuente que los jueces andan haciendo tonteras o que alguien los entretenga con una cabra pilucha en la noche. Después de pasar doce horas en micro, que alguien acompañe en las mañanas a los adultos de la tercera edad con un matinal como “el Buenos días a Todos”, que alguien los oriente, los emocione con un “Mirador” o con un “Contacto”, a mí no me parece malo. Creo que la televisión, en general en Chile, lo ha hecho bien.

Quisiera hacer una modesta defensa de como ha operado la televisión en Chile. Tenemos una diversidad televisiva que es difícil encontrar en Latino América. Tenemos una calidad, claro con sus tonteras, sus altos y bajos, imperfecciones y con sus sesgos, creo que ha cumplido el rol de destapar y aliviar el rol de comunicarse. En una sociedad que crece sin saber para dónde y con una rapidez que ni nosotros mismos somos capaces de mirar. Creo que la televisión orienta, acompaña y creo que está llena de errores. Y en ese sentido, yo más bien soy partidario en utilizar una palabra dialéctica. Las cosas nos se resuelven sino que se administran, que la modernidad no se contiene ni se regula, sino que se orienta uno con las audiencias. Tengo la sensación de que la televisión en Chile, que lleva sólo 10 años haciendo esta gran performance entre televisión estatal iluminista versus televisión privada populista, que está tratando de ubicarse en un lugar, no lo ha hecho tan mal. Y lo ha hecho casi mejor que la sociedad misma. Para comprobarlo yo les instaría a echar una mirada a la sociedad, me daría un paseo por Gran Avenida, no quiero hablar de los sectores altos porque es una vergüenza en muchos casos, prestaría atención al tamaño de los televisores que estamos comprando, me daría una vuelta por la iglesia que está orientada básicamente entre el ombligo y las rodillas, observar a los políticos que están usando códigos propios para resolver los problemas del país y que la gallá no entiende, lo siento, no es culpa de la televisión; pero la gente no entiende, no entiende lo que hablan, no entiende porqué se pelean.

Evaluar a la televisión tiene que ver con que nosotros no sobrevivimos, soy un empleado no más, nosotros no sobrevivimos como televisión si no apelamos a la profunda inteligencia y a los profundos sentimientos de la gente.

Con la realidad brutal y pragmática que alguien mencionaba acá de que la capacidad de financiarnos en el mercado, a pesar que uno crea que son diferentes, es bien parecida, al final, con el voto online. En general, tengo una visión menos catastrofista del tema, creo que la gente sabe seleccionar y en la últimas elecciones hay una lección que hemos sacado: esto no tiene que ver con cosas de derecha o de izquierda, sino simplemente con ser observador desde un mirador privilegiado que nos da la tele, que por más que te des vueltas de carnero en la tele no sales lejos el más votado. Pregúntele a Pablo Zalaquett... Yo lo

adoro, pero Germán Correa es lo menos carismático que he visto en la tele y Zalaquett es un tipo que aparentemente está ahí y que ganó apenas por 1000 votos... de que estamos hablando. Por lo tanto lo que yo haría es tener una mirada un poquito más propia de la televisión y quiero defender ese punto de que es el reflejo de lo que somos. En segundo lugar, creo que sí me adhiero bastante al discurso de Carlos Peña, y lo hago desde mi condición de operador televisivo.

En la relación entre la televisión y gente no hay nada diferente con lo ocurrido en otros medios. Se hizo la misma crítica al libro cuando se masificó gracias a la imprenta, de la radio cuando aparecieron las radionovelas... hay que convivir con la televisión y hay que convivir bien.

Jorge Andrés Richards, Moderador

Gracias Jaime. Tiene, por 5 minutos, la palabra Carlos Mladinic

Carlos Mladinic, Presidente del Directorio Televisión Nacional de Chile

Gracias, yo me disculpo porque llegué algo tarde. Pero la verdad es que llegué tarde a la mesa, pero temprano a la cita, así que escuché todas las intervenciones afortunadamente.

Lo que yo les quiero decir es contarles una distorsión que la tengo hace muchos años. Yo soy economista, lo digo de antemano para que no me acusen de eso. Es un pecado que llevo como karma hace ya 30 años. Ahora, con eso quería decir que hay cosas que a uno como economista le chocan. Alguna vez leí una carta de Patricia Politzer, allí se decía que la competencia se ha transformando en algo que estaba haciendo pedazos la calidad. En el discurso de Economía I me enseñaron que una forma de aumentar la calidad era generando más competencia. Entonces me ha producido grandes distorsiones el tema de la televisión. Algo básico es entender que la televisión es una industria, eso quiero que lo tengamos claro y se trata, por lo demás, de una industria muy dinámica. El hecho de ser una industria la lleva a tener los componentes clásicos de la relación de oferta y demanda. Yo creo que si nos apartamos de esa lógica estamos mal y lo que corresponde, en consecuencia, es meternos en esa lógica y tratar de ver cómo dentro de esa lógica podemos hacer mejor las cosas. De hecho la televisión en Chile tuvo una partida bastante falsa, que lo único que probó es lo ingenuo que pude llegar a ser el Estado. Creó, por ejemplo, lo que se llama una televisión "universitaria". Sin embargo, al tiempo después uno veía en esa televisión universitaria programas como "Bonanza" en uno, o "Maveric" en la otra. Lo único que quedó de esa televisión universitaria fueron las concesiones en manos de esos canales, a cambio de nada, ya que no hubo ninguna exigencia del Estado para que fueran "universitarias". Y quedaron tan en el mercado, que una de esas concesiones no sólo fue vendida una vez, sino que, por lo que uno lee en los diario, fue hecho de manera tan "inteligente" que, al parecer, la van a vender por segunda vez.

Lo anterior demuestra que el único que estaba perdiendo era el Estado. Especialmente si uno toma en consideración que dicha experiencia, por lo menos en términos en que se ideó, no le resultó. Ahora este es un negocio que, donde como aquí se ha dicho, la demanda se expresa de manera compleja. Porque no se expresa a través de una preferencia directa por parte del comprador que vendría a ser el televidente, sino lo hace de una manera indirecta por los productos que compran y cuyo consumo es promovido en los espacios publicitarios que los canales disponen en pantalla.

Pero hay unos señores que son los que tratan de interpretar estos gustos de los televidentes y poner eso como una oferta en la parrilla programática de los canales. Eso es lo que tratan de hacer, lo dijo Jaime de Aguirre: "tratan de reflejar nuestra realidad". Para efectos de este debate sobre la televisión me gustaba mucho una frase que le leí a Papelucho: "a lo peor, es nuestra realidad la que no nos gusta". Puede ser que la realidad no nos gusta y esa realidad la refleja la televisión. Cambiemos nuestra realidad, pero no le echemos la culpa a la tele porque allí se está reflejando la realidad.

Ahora, es cierto que uno puede hacer venta fácil poniendo un poquito más de sexo, un poquito más de violencia y que ahí un regulador puede entrar a regular parte de los horarios de las temáticas, etc. Pero siempre está el temor frente a la regulación: tanto celo sobre los contenidos termine atentando contra la libertad y con ello limitar la necesaria creatividad. Por otra parte, yo creo que efectivamente un regulador puede ser muy eficiente en prohibir determinados contenidos, en prohibir determinado horario y prohibir determinados programas, pero tengo mis severas dudas de qué puede hacer un regulador si uno le pide que haga un buen programa.

Muchos quisiéramos que esta televisión privada, porque hay que reconocer que es privada incluyendo el componente público que hay allí, generara solamente lo que los economistas le llaman bienes públicos o bienes meritorios. Hoy en día, sin duda que la franja electoral es un bien público y lo otorga la televisión Chilena. También hay bienes meritorios a través de los programas culturales y los programas infantiles. Pero si quisiéramos tener sólo en la televisión bienes públicos y bienes meritorios la pregunta sería quién paga por ellos. Y en tal sentido, no podemos hacer una discusión completa sobre la televisión que queremos sin discutir sobre su financiamiento y quién financia esos programas de servicio público. Carlos Peña mencionaba aquí la posibilidad, y a mí me parece correcta, de avanzar aún más de lo que se ha hecho en cuanto a la cantidad de fondos concursables para favorecer la producción televisiva de bienes meritorios.

Yo creo que tal vez el primer acuerdo que tendríamos que tener entre todos es lo qué entendemos por calidad. Que esa calidad le gusta a la gente y aquí quiero contar una anécdota. En mi condición de economista me tocó presenciar una discusión en una empresa que estaba viendo los malos resultados que le estaba otorgando una comida para perros que habían hecho. En el análisis, los ejecutivos y el resto de la empresa debatían sobre si el problema era el contenido

nutricional de este producto ante lo cual uno de los ejecutivos dijo: “yo creo que usted está equivocado porque este producto ha sido evaluado como el mejor para perros en su calidad nutricional”. Otro dijo, “yo creo que lo que aquí ha faltado es una buena campaña nutricional” y eso provocó la ira del gerente de marketing porque dijo que durante los dos últimos años habían ganado el premio a la mejor campaña de marketing. Un tercero dijo que era una mala distribución del producto lo que molestó muchísimo al gerente comercial porque demostró que estaba presente en todos los supermercados de Chile. Nadie tenía la solución, hasta que un obrero de la empresa pidió la palabra con mucha humildad y dijo: “Señor gerente, ¿usted me permite hablar?”, a lo que el Gerente respondió: “Sí, diga”. Y prosiguió el obrero, “tal vez lo que pasa es que a los perros no les gusta”. Yo creo que en ese sentido este tema de calidad de la televisión podríamos discutirlo mucho más a fondo si no prescindimos de lo que por calidad entiende el televidente. Muchas gracias.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Gracias Carlos, bueno ahora vamos a ofrecer la palabra al público. Se ofrece la palabra.

Público

- En Economía II veíamos que el mercado fallaba cuando se trataba de bienes públicos, cuando estábamos presente frente a grandes externalidades y habían variadas situaciones. Hasta los de Chicago lo reconocían y yo no entiendo como aquí cuando estamos frente a un bien público no siendo “chicagos” no estamos aplicando esos criterios de Chicago y asumimos que el mercado falla en este bien público, falla en esta situación, etc. Aquí a la televisión se le pide que genere rentabilidad por eso ustedes no tiene la culpa. O sea, el ordenamiento institucional le exige a la televisión generar utilidades para poder seguir existiendo. Además de estar sujeta a ciertas políticas editoriales que se relacionan con los intereses de la gente que los controla.

¿Qué pasaría si le exigiéramos en este parque de bien público una rentabilidad mucho mayor si hiciéramos desarrollo urbano, construyéramos edificios? Generaríamos utilidades pero a qué costo. Lo mismo si aplicáramos la misma lógica con el cerro San Cristóbal cuál sería el costo de dicha exigencia de rentabilidad. Me da la impresión que con la televisión estamos constatando los costos de esa rentabilidad exigida por lógica de mercado, hay muchas externalidades negativas que estamos sufriendo.

Pero aquí el problema mayor es otro, se trata del problema del poder. Estoy plenamente de acuerdo en que no nos gusta que nos regulen. Pero yo me pregunto. ¿Quién regula aquí en nuestra sociedad, dónde está el poder de regulación, cuánto poder de regulación hay en el sistema político y cuánto poder de regulación de la sociedad hay en los medios de comunicación y la televisión? Me pregunto, ¿quiénes identifican los problemas del país, quiénes dicen cuáles

son los problemas y cuáles no son los problemas que deben ser del análisis público? La agenda política nacional, ¿quién define quiénes son los actores, quién define cuáles argumentos tienen cabida y cuáles no, quién da los castigos y quién da los premios?

Yo soy dirigente de una agrupación no gubernamental “defendamos la ciudad” y cuando vamos a hablar con los parlamentarios sobre ciertos problemas el problema para que los parlamentarios se involucren, el problema debe tener rentabilidad mediática o de lo contrario no les interesa. Sabemos que así está funcionando el cuento entonces no nos engañemos. El próximo año seguramente vamos a tener que escoger candidatos que se desempeñen bien ante los medios más allá si han hecho bien su trabajo. Yo nunca he escuchado un discurso político de la Michelle Bachelet ni nunca he escuchado un discurso de la Soledad Alvear. Desconozco sus planteamientos políticos y capacidad de ejercer liderazgo. Aquí estamos, en este momento enfrentados a una elección presidencial con figuras mediáticas. Ante candidaturas mediáticas es difícil debatir, es difícil conocer sus ideas de fondo, su visión del pasado, la visión de gobierno que quieren. Al final todo se reduce a quién sonríe mejor, quién es más simpático o simpática, todo gracias a la televisión.

- José Antonio Camacho. Dos reflexiones acerca de lo que he oído. Primero acerca de la élite, la Manuela Gumucio en su discurso inaugural algo se refirió a este tema y a mi me gustaría volver a retocarlo.

Creo que cuando se habla de una élite fuera de la televisión la tendemos a estigmatizar y no se está considerando a la elite que hay dentro de la televisión. Y resulta que esa élite es la que realmente programa, realmente opera y sus objetivos manifiestos están en la programación que ofrecen. Lo que no sabemos y me parece peligroso son sus objetivos latentes, esos objetivos no los conocemos.

A mí no me parece cierto que esta misma élite que está dentro de la televisión y que hace la televisión es eventualmente una triunfadora. Los datos que Pedro Güell presenta sobre los índices de satisfacción que existe sobre la televisión; es que la televisión, en las tres o cuatro horas que cada persona ve como promedio diario en Chile, ha sido cautivada por los contenidos exhibidos.

Hay un segundo aspecto que lo menciono muy brevemente. Yo no puedo entender que el tránsito esté regulado, que mi trabajo esté regulado a determinadas condiciones, que el urbanismo esté regulado, que la salud esté regulada. Y los contenidos de la televisión, que su producto a veces putrefacto, a veces está sesgada, no tenga ninguna regulación, no puedo entenderlo.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Le vamos a ofrecer la palabra a Carlos Peña porque 10 para las nueve tiene que retirarse y va a hacer una última intervención.

Carlos Peña, Vicerrector Académico Universidad Diego Portales

Haber yo quería subrayar algunas cosas antes de irme. Querría, ante todo señalar, que este tema no es una cuestión conceptual, es una cuestión empírica. En consecuencia, debe ser resuelto el concepto histórico en el que se desenvuelve la televisión chilena o, en otras palabras, atendiendo lo que somos como sociedad. Porque yo escucho a muchos de ustedes hablando de la televisión, quejándose de ella, como si hubiésemos sido los chilenos de pronto expulsados del jardín del Edén. Es decir, como si hubiéramos vivido en un país con una representación plena, con una industria cultural bullante y bien distribuida. La verdad es que no hace más de treinta años este era un país de exclusiones: la educación, la cultura, la república que tanto se añora era una república de exclusiones. Sería cosa de revisar las cifras simplemente a nivel del sistema educacional.

A mí me parece, en verdad, una manera incorrecta de mirar las cuestiones. El caso más claro es la crisis de representación que hablaba Pedro hace un rato. Yo no creo que exista crisis de representación. La representación supuestamente en crisis en Chile es un modelo aspiracional de la política, ya que nunca existió. ¿Desde cuando hubo continuidad entre los intereses de las mayorías de las masas y los partidos políticos?

Entonces yo creo de verdad que en términos empíricos el mercado ha hecho más por liberalizar las costumbres en Chile, por tener una sociedad abierta, por fiscalizar el poder, que todos estos discursos bien pensantes que suelen esgrimir los republicanismos y la alta cultura.

Más que cualquier ofensiva ideológica, más que cualquier asalto utópico, el mercado ha logrado sacudir las costumbres de una manera que las élites en Chile habrían sido incapaces de hacer. Cuando digo élite no me refiero a puestos directivos en los canales, me refiero a aquellos grupos sociales que reclaman para sí el monopolio del prestigio del poder y la propiedad. Me refiero a los militares, a los curas, a los intelectuales.

Ahora se nos quiere convencer de que ellos podrían hacer de la televisión una televisión de calidad. Como si en el espacio de la cultura, o sea, en el espacio de la producción simbólica, usted contara con criterio independiente del diálogo, del debate y del mercado para definir qué tiene calidad y qué no. De dónde sacan eso, de dónde esperan ustedes controlar la calidad del espacio de la cultura sin pretender que ustedes, aunque seguramente es probable que miembros de la élite lo crean, tienen línea directa con la realidad. No! la cultura consiste simplemente en un diálogo abierto, sin restricciones, sin un guión previo, que permita decir quién tiene la razón de su lado y quien no. En eso consiste el debate cultural en una sociedad abierta y el tema de la calidad suele ser un pretexto bien pensante para sojuzgar, para cancelar el debate abierto. Porque lo demás en Chile, perdónenme el problema, no es que tengamos una televisión chabacana y

desatada. El problema en Chile es que todavía tenemos una televisión demasiado inhibida. El problema en Chile no es que tengamos una prensa desbocada, figoneante, que no deje tranquilas a las élites. La verdad es que tenemos una prensa que tiene compromiso con las élites lo mismo que la televisión.

El problema en Chile no es que estemos presos en un mundo Orweliano, el problema en Chile es que estamos en un mundo demasiado opaco. Entonces sacúdanse esa nostalgia y esos deseos seguramente es un rezago etológico de su educación por el jardín del edén que no existe; no fueron expulsados del jardín del Edén, no existió nunca.

Hoy día tenemos una cultura muchísimo más abierta que hasta hace 30 años. Hoy día tenemos una población que ha multiplicado cinco veces su presencia en la educación superior chilena. El prestigio se esta redistribuyendo y eso forma parte de una sociedad abierta y democrática. Usted no puede mantener el prestigio de tentar el monopolio del capital simbólico al mismo tiempo que el del mercado, no se puede.

Usted no pude pretender seguir enarbolando los ideales de hace treinta años de la vieja nostalgia del liceo, de la Universidad de Chile, lugares de exclusiones de Chile hace treinta años. En la sociedad de mercado, usted no puede creer en la libertad y al mismo tiempo quejarse por las ordinarieces y por la liviandad de la comunicación.

A ello agregaría, y con esto termino, que a mí me parece que no hay motivos para quejarse. Desde luego que los medios de comunicación hoy día permiten que ciertas personas irruman en la política. Lo que permite ese fenómeno, entre otras cosas, es moderar el poder de los partidos. La figura de Lavín, por ejemplo, viene a moderar el poder de los partidos sin ninguna duda y lo mismo ocurre con la figura de Bachelet. Si no fuera por Bachelet estaríamos en manos del bloque de poder que se constituyo en el Partido Socialista y el PPD entre cuatro o cinco personas tras la transición. Ya lo había sostenido Weber en los años veinte del siglo pasado, que el carisma permite moderar el poder de las oligarquías incluso partidarias.

Yo miraría todo esto con mayor conciencia crítica, pero veo que personas aparentemente progresistas están presas de un pasado que realmente no existe. Chile nunca ha sido un país con representación simétrica entre ciudadanos y autoridades, éramos el país de la exclusión y la violencia, esa es la verdad. Sostener hoy día que las masas, este conjunto de mujeres y hombres comunes y corrientes, con su capital simbólico, asistan a la industria cultural no va a resultar. ¿Ustedes creen realmente que estaríamos mejor si controláramos el contenido de los medios de comunicación, ustedes lo creen realmente? Chile es un país muy desigual, muy excluyente, muy arbitrario con una elite endogámica, llena de complicidades, que se cubren las espaldas unos a otros y cuando los medios de comunicación no se hacen cómplices de esto, por motivos de industria, nos

quejamos, a mí eso no me parece razonable. Me parece que tenemos un enfoque con respecto a este tema puramente conceptual y no empírico.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Muchas gracias.

Público

- Yo discrepo en algunos puntos con el caballero que acá habla, con Carlos Peña. Voy a partir con dos cosas. Uno, yo creo que estigmatizar a las élites como el lugar de la nostalgia, el lugar de la efusión, es altamente peligroso. Me parece que lo que pretende es colocar de nuevo el asunto de otro lado. A modo de ejemplo, yo considero que cuando una persona tiene una casa y se le ocurre que no va a tener baño el arquitecto es el que tiene que decirle que necesita baño. Es el rol del experto, de la élite. Creo que quienes hacen televisión y quienes tienen el poder, saben si hay que tener baño o no hay que tener baño.

Respecto al tema del mercado, a mí me gusta más referirme a un tema que me toca y es muy cercano, acaba de salir elegido George Bush. A mí no me gusta Bush y su elección tiene mucho que ver con ese ciudadano aspiracional. Norman Mailer escribe ahora un artículo que me maravilló con respecto al hispano aspiracional que eligió a Busch en la mayoría de los estados. Yo no creo que el ciudadano aspiracional, que la cultura que engendra, garantice la preeminencia de valores que favorezcan la diversidad, equidad y el respeto por los derechos ciudadanos. Lo que sí yo veo es que hay un problema de participación democrática, de sentirse ciudadano.

Yo concuerdo con Jaime de Aguirre que la televisión, tanto pública como privada, sea un reflejo de la sociedad. Más aún creo que la televisión pública es un reflejo de la elite política, no intelectual ni artística, de este país, que tiene el poder. A lo que yo aspiro es a una televisión que construye, que da cuenta de que hay otra realidad, que no es ni reflejo ni espejo de quienes se sienten felices con el modelo de sociedad existente, que los convierte en una minoría privilegiada y esa es una deuda democrática. No como dice el señor Peña, con la nostalgia de la república del año 40 que vivió mi padre, sino que con el sueño de una experiencia democrática para el futuro. Eso es lo que yo pienso.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Gracias. Está pidiendo responder en 10 segundos Carlos Peña y dice que se va.

Carlos Peña, Vicerrector Académico Universidad Diego Portales

Yo no veo qué tenga de malo ser aspiracional. A mí me parece que cientos de miles de personas que en los últimos años en Chile han salido de la pobreza, me parece que promueve motivos de alegría para quienes creemos efectivamente en el bienestar de las mayorías. Y no me parece que haya aquí motivos de quejas. Yo me alegro cuando veo miles y miles de muchachos que hoy día van al liceo, acceden a bienes que antes estaban negados, irrumpen en las audiencias, molestan a quienes creen monopolizar el saber y creen saber exactamente, como dice usted: "Donde está el baño" Una cita muy poco feliz, por lo demás, aclarando de paso que usted hizo una cita inconsciente de Santo Tomás. Santo Tomás decía eso, cuando argumentaba a favor del gobierno de los príncipes. Según esa perspectiva había que entregar todo el poder a los príncipes porque sólo ellos sabían hacia dónde ir, qué hacer. Yo no creo en eso, pero dejo lo del baño.

Con respecto a lo segundo, cuando usted reclama de la televisión construir otra realidad está reclamando una televisión que es peor todavía. Usted está reclamando la televisión de autor, le sugeriría dedicarse al cine o a escribir novelas entonces.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Le vamos a ofrecer la palabra a nuestro otro expositor, Pedro Güell, para que redondee.

Pedro Güell, Coordinador ejecutivo del informe de desarrollo humano PNUD

Creo que se han planteado preguntas a este debate muy sugerentes. Me parece, a esta altura de la noche, ya difícil de contestarlas. Además, que mi blanco en este momento se está yendo. No es muy caballeroso decirlo. Simplemente quisiera decir que ya es un argumento muy oído que uno hace crítica intelectual, a pesar de que hace todos los esfuerzos posibles por guardarse su crítica intelectual, nace desde algún lado. No me parece posible describir lo que a la realidad le falta sin una imagen de algo que nos parece mejor. De migrar esa posición valórica desde donde uno hace crítica, de la realidad como nostalgia, porque se dice que uno cree que eso existió en el pasado me parece mucho. Hay quienes creemos que la realidad es mejor que ayer sin dejar de pensar que puede ser aún mejor. Y nos situamos en ese lugar para hacer crítica, sin despegar los pies de la tierra y decir que las cosas como están funciona bien. Digo que a mí me parece que puede ser un poco exagerado atribuir que cualquier reflexión o crítica es una nostalgia al pasado.

Patricia Politzer Presidenta del CNTV

Yo entiendo que es bien tarde. Le pedía Jorge Andrés que me diera un minutito aunque sea porque yo estoy aquí en representación del CNTV, como organismo regulador. Lo primero que quiero decir es que en estas nostalgias del pasado, miradas del futuro, lo que yo veo cuando pienso en organismos reguladores no tienen nada que ver con las nostalgias del pasado. En el caso del CNTV son

bastante atroces, es decir, era un organismo censor claramente. Creo que quienes quieren terminar y hacer desaparecer el consejo son quienes se quedaron pegados en este pasado y ven al consejo como un organismo censor. O son aquellos a los cuales les molesta mucho la influencia del poder político, pero no tienen la misma sensibilidad frente al poder económico. O son aquellos que no valoran la importancia de la comunicación democrática. Que los medios deben cumplir la responsabilidad, su responsabilidad social, en el desarrollo de una sociedad democrática y, por lo tanto, cuando pienso en organismos reguladores pienso, como dije hace un rato, en otros países, donde algunos de estos organismos se están reforzando o creándose donde no los había. Pero no en una perspectiva de censura, sino con una perspectiva de regular el mercado. Allí donde el mercado no es capaz de hacerlo. Yo coincido con Carlos Peña, que el mercado ha sido muy beneficioso en muchísimas cosas. Pero tal como se requieren subsidios en educación porque el mercado no es capaz de tener una educación equitativa para todos; tal como se requieren subsidios en salud porque el mercado no es capaz para resolverlos todo. Creo que también se requieren subsidios aquí y en esa perspectiva esa es una de las funciones fundamentales de los organismos reguladores del siglo 21.

Aquí quisiera responderle una cosita al presidente del Directorio de Televisión Nacional. Se refirió primero a la competencia despiadada que no aparecía en una carta mía sino que en una declaración del Consejo Nacional de Televisión firmada por todos sus miembros, organismo pluralista y autónomo del Estado. Dicha misiva se refería a la posibilidad que la competencia despiadada pusiera en riesgo la calidad. La verdad que, poco después, el mismo dijo que se corría el riesgo de la venta fácil. La verdad es que eso es lo que ha pasado, mucha pilucha, mucha violencia y a eso es lo que el Consejo quiso ponerle una luz amarilla.

Finalmente, Carlos Mladinic señaló que un Consejo podría ser muy eficiente a la hora de prohibir pero no veía por donde podría ser creativo. La verdad es que eso fue lo que más me dolió de este debate. Si no fuera por la creatividad del Consejo Nacional de Televisión no tendríamos hoy día programas infantiles en todos los canales de televisión del país. Hace tres años fue el Consejo el que tomo este tema, el que puso plata a estudios que demostraron que la calidad en los programas infantiles no existía. Fue el Consejo, a través de esa carta quien fijó qué se entendía por calidad. En ningún caso es lo que dijo Carlos Peña “tratar de controlar los contenidos” sino, por el contrario, abrirlos a la creatividad. Y creo que tal como se revivió la programación infantil, el Consejo logró que este año uno de los programas más aplaudidos haya sido “Geografía del deseo”, un programa también financiado por el Consejo Nacional de Televisión. Otro programa que también estuvo en un muy bien nivel y que también es de Televisión Nacional, financiado por el Consejo, es “Justicia para todos”. Creo que todo eso demuestra que los organismos de regulación no sólo sirven para prohibir, sino también para crear programas que tengan sentido, que tengan contenido y que, además, tengan buen rating. Cosa que me parece fundamental porque aquí no estamos hablando de televisión para élites. Gracias.

Juan Carlos Altamirano, Gerente Programación TVN

Muy cortito. Nosotros siempre hemos pensado, cuando digo nosotros es una serie de gente que ha ido pensando y haciendo televisión en Chile, que hay cuatro maneras de regular la televisión, cuatro maneras de construir la televisión. Una con el aporte, por cierto, de la autorregulación que es toda la visión que nosotros los canales y operadores de la televisión somos capaces de ofrecerles a las audiencias. Segundo, tiene que ver con lo que es capaz de regular la gente en su casa, las familias. Tercero, hay una dimensión que obviamente tiene que ver con el estado, en el sentido del subsidio, aporte y orientación que dice Patricia Politzer, con la cual concuerdo. Y cuarto, que es lo que más quiero rescatar de esta vuelta, que tiene que ver con esto que estamos haciendo hoy día, que es la expresión ciudadana organizada en instancias que van más allá de los partidos políticos y de las iglesias y de las instancias del staff adecuado. Yo quiero agradecer a la Manuela Gumucio, del Observatorio de Medios, Fucatel, que ha hecho un esfuerzo bien importante por segundo año consecutivo. Ha logrado reunir gente para conversar temas relevantes que tienen que ver con televisión, yo que soy un representante, un asesor de la televisión privada.

De alguna manera contribuye de manera importante a lo que es el cuarto poder, lo que es el poder ciudadano, el poder de la gente que se organiza para opinar, para pensar. Muchas gracias.

Carlos Mladinic, Presidente del Directorio TVN

Quiero agradecer a la gente que organizó este seminario, de que podamos expresarnos libremente, de tener una discusión. También decirle a Patricia Politzer que solamente lo que quise hacer fue responder a la convocatoria de Manuela Gumucio: provocar. La verdad es que comparto plenamente con ella lo que hace el Consejo a través de sus distintos fondos concursables. Sobre lo que sí tengo mis severas dudas es si un organismo regulador pueda cumplir labores de creación. Lo que hace el Consejo, y lo hace muy bien, es justamente invitar y poner el billete. Incluso, no aplicando aquel viejo dicho popular, aquel que dice: “el que pone el billete pone la música”. Por el contrario, un organismo que al financiar proyectos deja que la música sea propuesta por los propios artistas y deja que ellos puedan desarrollar allí toda su expresión. Creo que en eso lo han hecho muy bien y es sin duda una de las formas de seguir introduciendo más bienes de carácter meritorio de la televisión Chilena. Además en esto, por favor, no nos confundamos, hay un montón de esos productos televisivos como “Geografía del deseo” que también han tenido una alta evaluación, que han tenido una muy buena calidad artística, y que han tenido un extraordinario rating.

Jorge Andrés Richard, Periodista, Moderador

Antes de terminar quiero agradecer la presencia de Pedro Güell, a Carolina Tohá, Jaime Gazmuri, la Patricia Politzer, Carlos Mladinic y Jaime de Aguirre. Para finalizar esto le ofrecemos la palabra al presidente de FUCATEL Marcelo Contreras.

Marcelo Contreras Presidente de FUCATEL

Yo quiero agradecer a todos los panelistas. A quienes estuvieron en la mañana, a media mañana, en la tarde. Me refiero a directivos de la televisión pública y privada, grandes realizadores, creadores independientes, gente ligada al mundo de la televisión de las comunicaciones, al Consejo Nacional de Televisión y a todos ustedes. Porque el esfuerzo que hemos hecho, como Observatorio de Medios, es crear un espacio de reflexión colectiva, que permita una crítica que mejore la televisión que tenemos. Nadie está contra del mercado, nadie cree que la televisión que tenemos es un desastre, sino que, como los mismos directivos de la televisión aquí han reconocido, tiene limitaciones y tiene grandes logros y de lo que se trata es que podamos en conjunto reflexionar para hacer una televisión de mejor calidad que refleje de mejor manera la realidad, sin nostalgias y sin pretender moldearla a la manera de las élites. Pero tampoco se trata de dejarla que sólo se rija por las leyes del mercado porque, entre otras cosas, la televisión es algo más que una industria o, al menos, una industria que tiene que ver con contenidos, con valores, con sentidos, con roles sociales muy significativos. Y allí no puede estar sólo el mercado, sino también el Estado y los ciudadanos que tienen un rol que jugar. Por eso les agradezco el aporte que todos ustedes han hecho y nos comprometemos a entregar el contenido de esta discusión en un informe sobre el seminario que puede ayudar a hacer cada vez una mejor televisión.

(aplausos)
